



XAVIER BOSCH
SE SABRÁ TODO

«El cargo me ha durado unos zapatos», confiesa Dani Santana.

¿Qué circunstancias obligaron al director del Crónica a dejar el puesto precipitadamente? ¿Qué se esconde tras las seductoras bambalinas del mundo del periodismo? Cuando el jefe de Sociedad del Crónica, se implica a fondo en una investigación sobre el terrorismo islamista, los hechos se precipitan y los dos periodistas empiezan a perder el control de su destino.

A Mónica y Aran.

A la memoria de Joan Bellès,
y a sus amigos sirios, fabulados o no,
que también deben de añorar tanta sabiduría.

«Queda el consuelo de que la historia todo lo dirá.
Se sabrá todo».

LLUÍS FOIX
Avui, mayo de 2009

I

El cargo me ha durado unos zapatos.

Cuando llegué al periódico nunca me planteé cuánto tiempo estaría en él. No obstante, tampoco creí nunca que me pasaría menos de cuatro años, seguramente el tiempo que se necesita para hacer cambios, digerirlos y consolidar el nuevo modelo que llevaba en la cabeza.

No ha podido ser. Esta es, y lo lamento, una historia truncada. En un año apenas hemos tenido tiempo para variar dinámicas, ni imponer el proyecto, ni modificar los hábitos del lector, que es una tarea apasionante pero lenta, de hormiguita.

Me voy, sí. En este caso el rumor que ha circulado en las últimas horas era verdad. Y os adelanto que no me siento fracasado, ni derrotado, pero es evidente que en toda esta epopeya no hay ningún vencedor.

¿Por qué me voy, pues?

Las relaciones entre el director de un periódico y su editor nunca son fáciles. Eso no es nuevo. Ya se sabe. Uno intenta contar las cosas y el otro tiene intereses. Uno quiere una redacción potente, que viaje, que esté en el lugar de los hechos, que muerda para levantar una noticia... El otro mira por el negocio. Si no hace falta un portátil, nos lo ahorramos. Si se estropea el aire acondicionado, que abran las ventanas. Y si sudan, que se duchen, hatajo de guarros, cuando lleguen a casa. Qué os voy a contar, ¿verdad?

Nada de eso me ha sorprendido, pero sí me ha extrañado hasta qué punto no hemos logrado entendernos. Permi-

tid que lo diga sin ambages: cuando el editor quiere hacer de director, mal vamos.

No cabe decir, por lo tanto, que de redacción para arriba haya trabajado demasiado a gusto. Por no decir nada.

Con vosotros sí. Sois buenos. Muy buenos. Seguro que no somos la mejor redacción del mundo, pero me apetece deciros que en toda mi vida nunca había encontrado un grupo de profesionales que hicieran del periodismo un estilo de vida. Lo lleváis en la sangre. Especialmente los jefes de sección. Por conocimientos, por criterio, por horas y por ética, me habéis dado una lección diaria. Hablo en conjunto, claro, porque siempre hay algún plasta, como en todas partes...

No obstante, al final hemos llegado a estos días decisivos, que ojalá no hubieran existido nunca. De tanto perseguir la primicia del siglo, hemos caído en nuestra propia trampa.

Como bien sabéis, la muerte de Sema y, sobre todo, las circunstancias de su accidente lo han trastocado todo. Su caso y sus consecuencias nos han puesto en el punto de mira. Nos ha sucedido lo peor que le puede pasar a un periódico. En lugar de contar noticias nos hemos convertido en una de ellas.

Por eso dimito. Porque hasta hoy era el responsable de todo lo que salía publicado y no quiero que se diga que me escaqueo en los momentos difíciles. Me voy y lo hago en caliente. Y soy consciente de que seguramente no es cuando se deben tomar decisiones. Pero me parece que, tal como han ido las cosas, marcharme constituye un ejercicio de dignidad en un país en cuyo imaginario se ha instalado la idea de que jamás dimite nadie, y aún menos un director de periódico, con un sueldo, un poder y unos privilegios a los que cuesta mucho renunciar.

Insisto. No me siento fracasado, ni derrotado, pero es evidente que en esta historia no hay ningún vencedor.

Os agradezco vuestro trabajo, el compromiso y el apoyo que me habéis prestado en estos doce meses largos, que se me han pasado volando. Si durante este tiempo os he ofendido en algo, os pido disculpas y espero que entendáis que sólo era una cuestión profesional.

A partir de ahora no sé a qué me dedicaré. Difícilmente volveré a la televisión, al menos en este Grupo.

Y basta. No quiero enrollarme, que, como me habéis oído decir tantas veces durante este año, «los textos cortos se leen, los largos se miran».

Os leeré. Que tengáis suerte.

Me dedicaron unos aplausos raquíticos. Tampoco esperaba más para un discurso que fue espontáneo. Más o menos. Me había preparado tres ideas y las fui deshilachando con prudencia, con la sinceridad justa pero sin demasiados miramientos. Sé perfectamente el sentido de lo que comuniqué aquella tarde a los que habían sido mis jefes de sección. Y se acabó. Al día siguiente, sin ir más lejos, me habría sido imposible recordar punto por punto todo lo que dije en la sala del Consejo Editorial de no ser porque alguien se encargó de dejar testimonio escrito.

Les di la mano uno por uno cuando salían de la sala y, con la pena calculada, también me despedí de los rituales: cerré el proyector con el que reproducíamos las fotografías candidatas para la portada, apagué la luz de la sala del Consejo por última vez y subí dos pisos a pie para volver a mi despacho.

A los redactores que iba encontrando a mi paso —a menudo hablando por el móvil en medio del pasillo para tener algo más de intimidad que en el bullicio de la redacción— los saludaba levantando las cejas y con la naturalidad acostumbrada, gesto al que correspondían sin interrumpirla conversación con sus fuentes. Ninguno de ellos conocía

aún el secreto que acababa de revelar a sus jefes de sección.

Al llegar al despacho, Raquel —poco de todo, menos de orgullo— entró en tromba tras de mí y cerró la puerta a su espalda. Por su gesto conturbado, tan inusual en una mujer de maneras calmadas, tuve la certeza de que había ocurrido algo gordo. Qué más daba ya. Raquel, al corriente de mi decisión desde hacía horas, no me dejó ni sentarme.

—¿Se lo has dicho?

Asentí con la cabeza, resoplando como quien vuelve a casa tras el entierro de su padre y, recibidos pésames y abrazos, por fin se queda a solas para dejarse caer en la butaca y desatarse los zapatos.

—¿Has visto internet?

Aún no había podido decir que no, cuando Raquel —yo la consideraba mi asistente, ella se presentaba a todo el mundo como mi secretaria— ya me había abierto una página confidencial de un periódico digital.

—Mira.

Era, en pocas palabras, una transcripción perfecta. Debajo del titular que anunciaba mi dimisión escribían, punto por punto, todo el texto de la despedida que acababa de hacer.

—¿Y? —Con el pelo alborotado cubriéndole los ojos, me interrogó como si yo tuviera que saber cómo había podido filtrarse la noticia casi en tiempo real.

—Alguno de ellos, por supuesto... Alguien debe de haber ido pasándolo por SMS mientras yo hablaba. O tenía el teléfono abierto y... No lo sé.

Raquel, más despierta que yo en aquellas horas turbias, ya había llegado a la misma conclusión cuando yo pegué la cara a la pantalla.

—¿Sabes quién?

—...

—Un hijo de puta.

II

Todo el mundo tiene un titular a cinco columnas que puede arruinarle la vida. No era la primera vez que oía la frase en boca de Riera. Sin embargo, en aquella ocasión me sonaba a consejo para quien acababa de aceptar dirigir un periódico que él se sabía como el avemaría. Aquellas palabras, dichas en el oscuro sótano del restaurante japonés que solía ser nuestro punto de encuentro, incluso tenían algo de advertencia.

Desde la caída del Muro de Berlín hasta poco después del atentado contra las Torres Gemelas, Narcís Riera había sido director del *Crónica* —el tercer periódico en número de lectores de la ciudad—. Le gustaba decir, con humor, que él, a la cabeza del rotativo, se había cargado el comunismo y había asestado la primera estocada al capitalismo. Riera se había limitado a contarlo, pero vivía los acontecimientos mundiales con tal intensidad que se sentía parte de los hechos. Eran Boris Yeltsin y él. Bush y él. Bin Laden y él.

Mandar le gustaba. Y mucho. Tocar poder durante poco más de una década a la cabeza del periódico del Grupo Blanco había supuesto la culminación de muchos años de pasión por el periodismo. «Contar las cosas que pasan», como rezaba el letrero que había colgado en la redacción, era su única definición de la profesión que amaba. Siempre había sabido navegar entre matices y amenazas. Había llegado a puerto sin tragar demasiada agua y por eso se había convertido en un profesional tan admirado por los lectores, por los compañeros e incluso por la mayoría de los

políticos de diversos colores. Si por una frase brillante prácticamente habría matado, ¿qué no habría hecho por conseguir una noticia antes que la competencia? ¿O por averiguar más detalles que nadie de una información concreta?

Llegado a la edad de la jubilación, estaba orgulloso de haber conservado la obsesión por el trabajo en su despacho de director de la redacción, que daba al paseo de Gracia de Barcelona, con el mismo ahínco que en su larga temporada como corresponsal en Roma (y en el Vaticano) y también, durante un período mucho más breve, en Washington. Allí, con la entrevista al presidente Clinton en la Casa Blanca, había vivido su hora sublime.

En sus andanzas por el mundo no acarreaba todos sus libros. Debía de tener miles. Habría podido cargar con ellos, sí, pero resultaba demasiado caro. Sí que se llevaba, en cambio, además de la máquina de escribir, su querido *chester*. Estuviera donde estuviese su residencia, se pasaba más horas arrellanado en aquel butacón de piel —comprado de segunda mano en Notting Hill— que en la cama.

Ser soltero, más por convencimiento que por descuido, no sólo le había permitido viajar de un extremo a otro del mundo sin demasiadas ataduras, sino que, sobre todo, le había dejado tiempo para leer. En alguna ocasión (recuerdo una cena de amigos), había reconocido sin rubor que «formar una familia y todo eso» —que no es moco de pavo— lo habría distraído de la lectura y no podía permitírselo. Leía con devoción. A todas horas. Especialmente ensayo. Era un especialista en el debate histórico de los últimos mil años, y en concreto del último siglo. Poca gente tenía mayor bagaje que él, gran coleccionista de citas, discursos y curiosidades. Tal vez por eso, porque siempre encontraba en la actualidad un paralelismo con la historia global o bien te fascinaba con una anécdota local o te colocaba como nadie una cita de una frase que ni el propio Churchill sabía que había dicho, las radios y las teles se lo disputaban para

tenerlo por tertuliano. Pese al precio de mercado tan reventado en los medios del país, él se lo hacía pagar.

En cuanto presidente honorífico del Consejo Editorial del *Crónica*, fue la primera persona a quien quise ver cuando firmé el contrato como director del periódico. Para comer, Riera mantenía la vieja costumbre de Fleet Street de quitarse la corbata. En aquel sótano, en nombre de la comodidad pero tal vez en detrimento de la higiene, también te hacían quitarte los zapatos.

—¿Qué quieres que te diga? Eso de tener que descalzarme para comer y ponerme estas zapatillas... Vete a saber quién...

—¿Te has entendido con A.B.C.? —me interrumpió sin importarle un comino mis cavilaciones sobre los hábitos del *underground* del Shibui, el restaurante de nuestras citas.

—No he tenido ningún problema. Habla sin rodeos, va al grano... Dice las cosas a la cara. Me gusta la gente así.

—¿Te ha dicho que eres su candidato ideal?

—Sí, su primera opción.

Me había precipitado al responder. Con el silencio de Riera mientras daba un trago de cerveza japonesa —agua de pecera—, me di cuenta, por primera vez, de que quizá había sido demasiado ingenuo.

Toda la negociación había salido rodada. Y había ido muy deprisa. Tal vez, visto desde la distancia, incluso demasiado.

Una tarde, mientras me desmaquillaba con una toallita húmeda, me sonó el móvil. Era A.B.C. Hacía tiempo que lo conocía. Cuando lo ficharon como director general del Grupo Blanco, hacía ya cinco años que yo, con corbata y teleprompter, presentaba las noticias de la hora de la cena. En aquellos días me lo presentaron formalmente («mucho gusto», «el gusto es mío, te veo cada noche»), y con el tiempo me había ido llamando en alguna ocasión. No sólo para renovarme el contrato con la televisión del Grupo, sino también para comentarme la situación política y, si procedía,

darme la consigna de la línea editorial de la empresa ante determinados acontecimientos. Nada fuera de lo normal. «Quien paga, manda» habían sido, hasta entonces, las palabras más desagradables que me habían dicho jamás para convencerme de una postura que yo no acababa de ver demasiado clara. De golpe y porrazo, se me habían disipado las dudas periodísticas sobre aquel asunto concreto. ¿La ética? Hacía tiempo que en el Grupo Blanco habían hecho cruz y raya en relación con cualquier debate moral.

Mientras me iba enjugando la cara con un klínex, A.B.C. me invitaba a comer al día siguiente. Era evidente que tenía prisa. Y yo, pensaba, la sartén por el mango. Me citó en el Via Veneto. En su opinión, el mejor restaurante de la ciudad.

Llegué pronto. Él fue puntual y, cuando entró en el Saló Blau, el comedor privado que habían preparado sólo para nosotros, me di cuenta de que le supo mal que le hubiera tomado la delantera.

Tras saludar descargó los bolsillos de la americana y lo depositó todo, con una coreografía que tenía muy bien aprendida, encima de la mesa: los dos móviles, una libretita, un bolígrafo de doscientos euros, el paquete de Winston y un encendedor de plástico no recargable que no le pegaba. Todo muy bien ordenado, en un montoncito junto al cuchillo de plata.

—¿Te importa que me quite la americana?

Le traía sin cuidado mi opinión porque se la habría quitado igualmente. De hecho, antes de mi «por favor» de cortesía ya la había colgado en la silla de al lado. Fue entonces cuando me di cuenta de que la leyenda sobre su nombre no era infundada. De Artur Biosca Canal se decían muchas cosas. Sin embargo, todos coincidían en que le llamaban A.B.C. porque eran las iniciales que adornaban la pechera de todas sus camisas.

Piel blanca, camisa aún más blanca (siempre y en cualquier circunstancia, blanca) e iniciales invariablemente bor-

dadas con hilo granate y letra diminuta. Nadie le había visto nunca una camisa donde no pusiera A punto, B punto, C punto. Era un hombre con bastante teta. Con los pantalones por encima del ombligo, aún se le notaba más aquel pechito de adolescente. De hecho, me había asegurado que, cuando en el trabajo o en las partidas de *bridge* se quitaba la americana, indefectiblemente a todos se les iba la vista allí. A las iniciales. Y suerte que era alto porque, de otro modo, en un hombre de cincuenta cumplidos, el colesterol no habría dispuesto de demasiado espacio para desfogarse arriba y abajo.

El reloj también le estorbaba. Se lo quitó de la muñeca resudada y lo dejó junto al montoncito de artefactos que había alineado encima de la mesa. Ordenaba sus cosas a la cojonésima, con el mismo método, organización y rigor con que gestionaba las empresas del Grupo. El *Crónica* aquí, 24Not allá, y Radiosport y Radionoticias, los dos medios de comunicación más recientes y con un grado de aceptación, por parte de los oyentes, muy por encima del plan de negocio inicial.

Un periódico popular, una tele y una radio que daban noticias las veinticuatro horas, los siete días de la semana, y una emisora de información constante sobre el mundo del deporte. Ése era el pequeño imperio Blanco.

Al entrar en el *holding* de comunicación, A.B.C. había diseñado un organigrama muy claro.

Cuatro redacciones autónomas.

Criterios unificados y administración única.

Instrucciones, las justas.

Sinergias, las necesarias.

El periódico era el pilar básico de un grupo que desde 1980 había ido creciendo acompasadamente en volumen de negocio y en influencia, sin que nadie adivinara cuál de las dos cosas interesaba más al dueño.

No miramos la carta. No tanto porque A.B.C. podía recitarla de memoria, sino porque se dejaba guiar por las reco-

mendaciones del día que le proponía el dueño del restaurante, el señor Monge, que sabía de qué pie cojeaba cada uno de sus clientes.

Decidí pedir lo mismo que comiera él. De primero una ensalada de habitas no sé cómo. De segundo, sí que lo recuerdo bien, nos recomendaron que compartiéramos una dorada a la sal. A.B.C. lo tuvo clarísimo.

—Las doradas a la sal son como las mamadas. Siempre son mejores fuera de casa. —Y venga a reír de su ocurrencia.

El señor Monge, que en sus reservados las había oído de todos los colores y ya no se turbaba por nada, se inclinó hacia delante y, auténtico profesional de la reverencia, hizo el mismo ademán de agradecimiento que si le hubieran felicitado las Pascuas. Levemente acalorado por la picardía, se retiró del reservado.

—Bien, como ya sabes, el *Crónica* busca director y tú eres mi primer candidato. De hecho, eres el único candidato, porque ya he hablado con el señor Blanco, lo he convencido y también está de acuerdo en que tú puedes ser... Perdón, en que tú eres el hombre ideal para el nuevo impulso que necesita el periódico.

—Me siento muy halagado. —Disimulé la vanidad de ver que el rumor que corría por el Grupo desde hacía semanas, y que me señalaba como el candidato, iba muy bien encaminado—. ¿Tendré que verlo?

—¿A quién?

—Al señor Blanco.

Se dio un hartón de reír. La pechuga se sacudía arriba y abajo. De repente puso una expresión muy seria, me miró a los ojos y soltó un «no» tan contundente que no admitía lo que habría correspondido, la repregunta.

Proseguimos la conversación estableciendo las condiciones del contrato y esbozamos los aspectos que podríamos cambiar del periódico —forma y organización—. Yo

hacía como si lo rumiara por primera vez. Conseguí que pareciera que estaba improvisando.

Después, mientras hacíamos los honores a la dorada más melosa que he probado jamás, abordamos las estrategias que había que seguir para ver de arrebatar lectores a los dos grandes periódicos de la ciudad, que aún nos pasaban la mano por la cara tanto en el quiosco como en número de suscripciones.

De pronto, una pregunta mía que pretendía ser más una broma que otra cosa dio un toque de rigidez a la comida.

—¿Puedo decir que no?

—No.

Me atraganté con el pescado y empecé a toser.

—¿Y si prefiero seguir presentando las noticias que hacerme cargo del *Crónica*?

—Si dices que no, no seguirás presentándolas. —Al cabo de tres segundos de tensión, remachó—: Son cosas de Blanco.

Sonó tan fuerte que me hice el despistado.

—Me parece que no lo he entendido bien...

—Pues está muy claro, Dani. O te haces cargo del *Crónica* o se ha acabado el presentar las noticias.

—Lo siento, pero eso suena a chantaje.

—En absoluto. «Suenas» a salto hacia delante. Es la oportunidad de tu vida. ¿Sabes las bofetadas que habría para ser director del *Crónica*?

Y a partir de ahí, a dar jabón. Y a intentar fingir, tanto por su parte como por la mía, que aquellas palabras no habían existido. «No puedes decir que no», «Piensa en el prestigio», «Esto te situará para siempre», «El Grupo apuesta por ti», «Blanco y yo queremos que seas tú», «¿Cuántos, dices? ¿Cuarenta? La edad ideal», «Aquí puedes pasarte muchos años», «Un director de periódico tiene ciertas ventajas y un sueldo», «No puedes renunciar»... Hacía rato que había pensado decir que sí. Antes incluso de entrar en el restaurante había decidido aceptar si, tal como decían las